

El tiempo es indisponible

HARTMUT ROSA, *Lo indisponible*, trad. Alexis Gros, Herder, Barcelona, 2020, 167 pp.

DANIEL BARRETO

El control total sobre los otros y el mundo, contra la expectativa de quien domina, desemboca en una tierra baldía. Esta es la paradoja de la edad moderna, dice el filósofo y sociólogo alemán Hartmut Rosa. La filosofía tiene, desde hace al menos dos siglos, una palabra específica para esta experiencia o, más bien, para esta ausencia de experiencia: alienación (*Entfremdung*). Extrañeza ante los otros y ante sí mismo. El mundo ya no parece decirnos nada. La mirada, como sucedía al señor Teste de Paul Valéry, se ha hecho «más grande que todo lo visible». Nada la retiene.

El extrañamiento es una de las motivaciones que hicieron surgir la sociología como disciplina. Sus padres fundadores intentaron dar cuenta del nuevo y profundo malestar que recorre la sociedad moderna. Karl Marx descubrió que la relación social construida sobre la producción de mercancías adquiere vida propia y transforma a su creador en objeto del capital. Aunque sea «automático», el valor económico pasa a ser el verdadero sujeto y enajena al individuo de su propia capacidad productora. Max Weber descifró la modernización como una racionalización de todas las esferas de la vida que «desencanta» (*entzaubert*) el mundo. Georg Simmel supo señalar los efectos deshumanizadores de sentirse anestesiado y arrastrado como un grano de arena en las multitudes de las grandes urbes modernas. El anonimato de la gran ciudad conlleva desconfiar de cualquiera que nos salga al paso. Y Émile Durkheim vinculó el aislamiento del individuo en las sociedades postradicionales con la patología social de la «anomia». La Teoría Crítica, en la que se inscribe el pensamiento de Hartmut Rosa, sigue hoy profundizando en las causas estructurales e históricas de la pérdida de mundo y de sí mismo.

Los libros de Rosa están dedicados al esclarecimiento de la relación entre aceleración y alienación. Frente a la Antigüedad y la Edad Media, el capitalismo y la Revolución industrial convierten la Modernidad en la época de la aceleración sin límites: la vida cotidiana, el cambio social y la psique son arrasados por un aumento incesante de la velocidad. Las razones son económicas y culturales. La valorización del capital y su lógica competitiva exigen fortaleza y velocidad. La supervivencia del más apto es también la del más rápido. «El tiempo es oro» significa que la lentitud es cosa de pobres y perdedores. Si el ascetismo calvinista empastó tan bien con el espíritu del capitalismo es, entre otras causas, porque las prácticas de autodisciplinamiento prohibían perder el tiempo con holgazanerías.

Sin embargo, la razón cultural de la aceleración no se deja reducir a lo que el marxismo tradicional llamaba «estructura económica». La ansiedad por realizar «todas las experiencias», consumir y consumir todas las opciones, esconde una ambición religiosa. Si el individuo lo ha probado todo, podrá creer que realmente pertenece a la totalidad y, por tanto, que su muerte será justificable e insignificante. En la aceleración se camufla una angustia mortal.

En la persecución de la totalidad sin tiempo se agudiza la contradicción entre la voluntad de dominación y el deseo de entrar en una relación de escucha y respuesta con una realidad que se nos sustrae. Rosa la llama, en su reivindicación de la pregunta por la «vida buena», relación de resonancia. Ahora bien, la fatalidad consiste en que la opción por la disponibilidad total acaba generando una nueva forma de indisponibilidad, muy diferente de la inicial. Lo indisponible regresa, pero como monstruo. Catástrofes ecológicas y pandemias de *burnout*; deshielo de los polos, incendios, inundaciones y olas de suicidios. La indisponibilidad monstruosa, producida por la voluntad sin fisuras de dominio, se manifiesta de manera casi paradigmática en la contaminación radiactiva.

Aunque vivamos con la mente puesta en las vacaciones, el reposo es imposible. Mantenerse mínimamente a flote en el *maelström* obliga a incrementar la velocidad, la innovación y el progreso. Para evitar la propia exclusión apagamos el fuego con gasolina. «Estabilidad dinámica» denomina Rosa este proceso, que traspasa límites naturales y atormenta el cuerpo. Pues embutir constantemente la realidad y los cuerpos en parámetros objetivos que los evalúan, predicen y controlan tiene el efecto nocivo de despojarnos de nuestros sentidos. El «yo cuantificado» vive una disociación que genera temor e inseguridad. Del miedo procede probablemente el interés masivo por vídeos con instrucciones sobre las tareas cotidianas más peregrinas. Internet se ha convertido así en un proveedor de tutoriales para sobrellevar el día a día.

La Modernidad es un proyecto de progresiva puesta al alcance de la naturaleza externa e interna. Ciencia, técnica, derecho y economía son precisamente

sistemas de puesta a disposición del mundo. La ciencia persigue volverlo plenamente visible. La técnica, en realidad indiscernible hoy de la ciencia, aspira a controlarlo. El derecho y la economía, por su parte, conducen el control técnico hacia la explotación de los recursos naturales. La disponibilidad se convierte por ello en diseño integral. La biología sintética representa uno de los más recientes estadios de esta trayectoria. Ahora bien, si todo lo que existe es finalmente una producción generada por medios humanos, ya no habrá resquicios de alteridad con la que establecer una relación que preserve la singularidad, las voces y la distancia. La disponibilidad total acalla la *repuesta* imprevisible que requiere una relación de resonancia con el mundo.

Rosa reconoce que la noción de indisponibilidad tiene un origen teológico: «[...] el concepto de indisponibilidad fue acuñado alrededor de 1930 por Rudolf Bultmann a raíz de una confrontación con la filosofía existencial de Kierkegaard y, desde el comienzo, en contraposición con la idea de una puesta a disponibilidad total del mundo, el ser humano y la vida mediante la técnica» (89). Ciertamente Rosa subraya el carácter filosófico y laico de su propuesta, pero eso no le impide indicar la proximidad entre una sociología de la resonancia y las formas de vida de las tradiciones judía y cristiana (cf. 90 y 91). El propio autor sugiere una semejanza entre el «carácter de regalo» de la resonancia y la gracia en sentido teológico, una asociación que podría invitar al diálogo con la fenomenología de la donación de Jean-Luc Marion.

En el capítulo sexto Rosa analiza los conflictos contemporáneos entre la puesta a disposición y la experiencia de lo indisponible en seis estaciones de la vida: el nacimiento, la educación, la vida familiar y profesional, la digitalización del mundo, el envejecimiento y la muerte. A partir de estos conflictos es posible imaginar que la crítica a la disponibilidad total podría desplegarse en el futuro también como crítica al proyecto del transhumanismo.

Para concluir quiero señalar que las importantes contribuciones de Hartmut Rosa a la filosofía social desde la Teoría Crítica merecen sin duda una recepción entusiasta en la actual reflexión teológica. De hecho es posible afirmar que la acogida ya ha comenzado, al menos en Alemania. Existen aproximaciones de gran interés en el volumen colectivo *Zu schnell für Gott? Theologische Kontroversen zu Beschleunigung und Resonanz* (Herder, 2017), editado por Tobias Kläden, responsable de la Pastoral Misionera en la Diócesis de Erfurt, y Michael Schüssler, profesor de Teología Práctica en la Universidad de Tübingen. Entre los trabajos del libro destaca el de Ottmar John, que moviliza la Teología Sistemática católica para abordar críticamente la construcción moderna del sujeto como instancia que ha borrado la conciencia de su finitud. Ahí residiría una de las condiciones de la entrega del sujeto moderno al torbellino de la aceleración,

al intento de destruir el tiempo. Y el tiempo, a fin de cuentas, es el corazón de lo indisponible.